



La Santa Sede

VISITA PASTORAL DEL SANTO PADRE FRANCESCO

A PRATO Y FLORENCIA

(10 DE NOVIEMBRE DE 2015)

ENCUENTRO CON LOS PARTICIPANTES EN EL V CONGRESO DE LA IGLESIA ITALIANA

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Catedral de Santa María de la Flor, Florencia

Martes 10 de noviembre de 2015

[Multimedia]

Queridos hermanos y hermanas, en la cúpula de esta bellísima catedral está representado el Juicio universal. En el centro está Jesús, nuestra luz. La inscripción que se lee en el ápice de la pintura es «*Ecce Homo*». Mirando esta cúpula somos atraídos hacia lo alto, mientras contemplamos la transformación del Cristo juzgado por Pilato en el Cristo sentado en el trono del juez. Un ángel le lleva la espada, pero Jesús no asume los símbolos del juicio, sino que levanta la mano derecha mostrando los signos de la pasión, porque Él «se entregó en rescate por todos» (1 *Tm* 2, 6). «Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él» (*Jn* 3, 17).

Ante la luz de este Juez de misericordia, nuestras rodillas se doblan en adoración y nuestras manos y nuestros pies se fortalecen. Podemos hablar de humanismo solamente a partir de la centralidad de Jesús, descubriendo en Él los rasgos del auténtico rostro del hombre. Es la contemplación del rostro de Jesús muerto y resucitado la que recompone nuestra humanidad, también la que está fragmentada por las fatigas de la vida, o marcada por el pecado. No hay que domesticar el poder del rostro de Cristo. Su rostro es la imagen de su trascendencia. Es el *misericordiae vultus*. Dejémonos mirar por Él. Jesús es nuestro humanismo. Dejémonos inquietar

siempre por su pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mt 16, 15).

Contemplando su rostro, ¿qué vemos? Ante todo el rostro de un Dios «despojado», de un Dios que asumió la condición de esclavo, humillado y obediente hasta la muerte (cf. *Flp 2, 7*). El rostro de Jesús es similar al de tantos hermanos nuestros humillados, convertidos en esclavos, despojados. Dios asumió su rostro. Y ese rostro nos mira. Dios —que es «el ser de quien no se puede pensar nada más grande», como decía san Anselmo, o el *Deus semper maior* de san Ignacio de Loyola— se convierte en más grande que sí mismo abajándose. Si no nos abajamos no podremos ver su rostro. No veremos nada de su plenitud si no aceptamos que Dios se despojó. Y, por lo tanto, no entenderemos nada del humanismo cristiano y nuestras palabras serán bonitas, cultas, refinadas, pero no serán palabras de fe. Serán palabras que suenan vacías.

No quiero esbozar aquí en abstracto un «nuevo humanismo», una cierta idea del hombre, sino sencillamente presentar algunos rasgos del humanismo cristiano que es el de los «sentimientos de Cristo Jesús» (*Flp 2, 5*). Los mismos no son abstractas sensaciones provisionales del alma, sino la cálida fuerza interior que nos hace capaces de vivir y de tomar decisiones.

¿Cuáles son estos sentimientos? Hoy quisiera presentaros al menos tres de ellos.

El primer sentimiento es **la humildad**. «Con toda humildad, cada uno considere a los demás superiores a sí mismo» (*Flp 2, 3*), dice san Pablo a los Filipenses. Más adelante el apóstol habla del hecho que Jesús no considera un «privilegio» ser como Dios (*Flp 2, 6*). Aquí hay un mensaje preciso. La obsesión por preservar la propia gloria, la propia «dignidad», la propia influencia no debe formar parte de nuestros sentimientos. Debemos buscar la gloria de Dios, que no coincide con la nuestra. La gloria de Dios que resplandece en la humildad de la gruta de Belén o en el deshonor de la cruz de Cristo nos sorprende siempre.

Otro sentimiento de Jesús que da forma al humanismo cristiano es el **desinterés**. «No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás» (*Flp 2, 4*), pide también san Pablo. Por lo tanto, más que el desinterés, debemos buscar la felicidad de quien está a nuestro lado. La humanidad del cristiano está siempre en salida. No es narcisista, autorreferencial. Cuando nuestro corazón es rico y está muy satisfecho de sí mismo, entonces ya no tiene sitio para Dios. Evitemos, por favor, «encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 49).

Nuestro deber es trabajar para hacer de este mundo un sitio mejor y luchar. Nuestra fe es revolucionaria por un impulso que viene del Espíritu Santo. Tenemos que seguir este impulso para salir de nosotros mismos, para ser hombres según el Evangelio de Jesús. Toda vida se decide a partir de la capacidad de donarse. Es allí donde se trasciende a sí misma, donde llega a ser fecunda.

Un ulterior sentimiento de Cristo Jesús es la dicha. El cristiano es un bienaventurado, tiene en sí mismo la alegría del Evangelio. En las bienaventuranzas el Señor nos indica el camino. Al recorrerlo, los seres humanos podemos llegar a la felicidad más auténticamente humana y divina. Jesús habla de la felicidad que experimentamos sólo cuando somos pobres en el espíritu. Para los grandes santos la felicidad tiene relación con la humillación y la pobreza. Pero también entre los más humildes de nuestra gente hay mucho de esta bienaventuranza: es la que conoce la riqueza de la solidaridad, del compartir también lo poco que se posee; la riqueza del sacrificio cotidiano de un trabajo, a veces duro y mal pagado, pero desempeñado por amor a las personas queridas; y también la de las propias miserias que, sin embargo, al vivirlas con confianza en la providencia y en la misericordia de Dios Padre, alimentan una grandeza humilde.

Las bienaventuranzas que leemos en el Evangelio inician con una bendición y terminan con una promesa de consolación. Nos introducen en un camino de grandeza posible, la del espíritu, y cuando el espíritu está dispuesto todo lo demás viene solo. Ciertamente, si no tenemos el corazón abierto al Espíritu Santo, parecerán tonterías porque no nos llevan al «éxito». Para ser «dichosos», para gustar la consolación de la amistad con Jesucristo, es necesario tener el corazón abierto. La dicha es una apuesta laboriosa, hecha de renunciaciones, escucha y conocimiento, cuyos frutos se recogen con el tiempo, regalándonos una paz incomparable: «Gustad y ved qué bueno es el Señor» (*Sal 34, 9*).

Humildad, desinterés, bienaventuranza: estos son los tres rasgos que hoy quiero presentar para vuestra meditación sobre el humanismo cristiano que nace de la humanidad del Hijo de Dios. Y estos rasgos dicen algo también a la Iglesia italiana que hoy se reúne para caminar juntos en un ejemplo de sinodalidad. Estos rasgos nos dicen que no debemos estar obsesionados por el «poder», también cuando el mismo asume el rostro de un poder útil y funcional para la imagen social de la Iglesia. Si la Iglesia no asume los sentimientos de Jesús, se desorienta, pierde la dirección. Si los asume, en cambio, sabe estar a la altura de su misión. Los sentimientos de Jesús nos dicen que una Iglesia que pensase en sí misma y en sus propios intereses sería triste. Las bienaventuranzas, en definitiva, son el espejo en el cual podemos mirarnos, que nos permite saber si estamos caminando por el sendero justo: es un espejo que no miente.

Una Iglesia que presenta estos tres rasgos —humildad, desinterés, bienaventuranza— es una Iglesia que sabe reconocer la acción del Señor en el mundo, en la cultura, en la vida cotidiana de la gente. Lo he dicho en más de una ocasión y lo repito una vez más hoy a vosotros: «prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos» (*Evangelii gaudium*, 49).

Pero sabemos que las tentaciones existen; son muchas las tentaciones que hay que afrontar. Os hablo al menos de dos de ellas. No os asustéis, esto no será una lista de tentaciones como las

quince que les dije a la Curia.

La primera es la pelagiana. Ella empuja a la Iglesia a no ser humilde, desinteresada y bienaventurada. Y lo hace con la apariencia de un bien. El pelagianismo nos conduce a poner la confianza en las estructuras, en las organizaciones, en las planificaciones perfectas, siendo abstractas. A menudo nos lleva también a asumir un estilo de control, de dureza, de normatividad. La norma da al pelagiano la seguridad de sentirse superior, de tener una orientación precisa. Allí encuentra su fuerza, no en la suavidad del soplo del Espíritu. Ante los males y los problemas de la Iglesia es inútil buscar soluciones en conservadurismos y fundamentalismos, en la restauración de conductas y formas superadas que ni siquiera culturalmente tienen capacidad de ser significativas. La doctrina cristiana no es un sistema cerrado incapaz de generar preguntas, dudas, interrogantes, sino que está viva, sabe inquietar, sabe animar. Tiene un rostro que no es rígido, tiene un cuerpo que se mueve y crece, tiene carne tierna: la doctrina cristiana se llama Jesucristo.

La reforma de la Iglesia —y la Iglesia es *semper reformanda*— es ajena al pelagianismo. La misma no se agota en el enésimo proyecto para cambiar las estructuras. Significa en cambio injertarse y radicarse en Cristo, dejándose conducir por el Espíritu. Entonces todo será posible con ingenio y creatividad.

Que la Iglesia italiana se deje conducir por su soplo poderoso, y por ello a veces inquietante. Que asuma siempre el espíritu de sus grandes exploradores, que en los barcos fueron apasionados por la navegación en mar abierto y no se asustaron ante las fronteras y tempestades. Que sea una Iglesia libre y abierta a los desafíos del presente, jamás a la defensiva por temor a perder algo. Jamás a la defensiva por temor a perder algo. Y, encontrando a la gente a lo largo de sus caminos, que asuma el propósito de san Pablo: «Me he hecho débil con los débiles, para ganar a los débiles; me he hecho todo para todos, para ganar, sea como sea, a algunos» (1 Cor 9, 22).

Una segunda tentación que hay que vencer es la del gnosticismo. Ella conduce a confiar en el razonamiento lógico y claro, que pierde la ternura de la carne del hermano. La fascinación del gnosticismo es la de «una fe encerrada en el subjetivismo, donde sólo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos» (*Evangelii gaudium*, 94). El gnosticismo no puede trascender.

La diferencia entre la trascendencia cristiana y cualquier forma de espiritualismo gnóstico está en el misterio de la Encarnación. No poner en práctica, no llevar la Palabra a la realidad, significa construir sobre arena, permanecer en la pura idea y degenerar en intimismos que no dan fruto, que hacen estéril su dinamismo.

La Iglesia italiana tiene grandes santos cuyos ejemplos pueden ayudarle a vivir la fe con

humildad, desprendimiento y alegría, desde Francisco de Asís a Felipe Neri. Pero pensemos también en la sencillez de personajes de ficción como don Camilo que formaba un dúo con Pepón. Me llama la atención cómo en las historias de Guareschi la oración de un buen párroco se una a su evidente cercanía con la gente. De él mismo don Camilo decía: «Soy un pobre cura de campo que conoce a sus parroquianos uno por uno, los ama, que conoce los dolores y las alegrías, que sufre y sabe reír con ellos». Cercanía a la gente y oración son la clave para vivir un humanismo cristiano popular, humilde, generoso, alegre. Si perdemos este contacto con el pueblo fiel de Dios perdemos en humanidad y no vamos a ninguna parte.

Pero entonces, ¿qué tenemos que hacer, padre?, me preguntaréis vosotros. ¿Qué nos está pidiendo el Papa?

Corresponde a vosotros decidir: pueblo y pastores juntos. Yo hoy sencillamente os invito a levantar la cabeza y contemplar una vez más el *Ecce Homo* que tenemos sobre nosotros. Detengámonos a contemplar la escena. Volvamos al Jesús que está aquí representado como Juez universal. ¿Qué sucederá cuando «venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con Él, y se sentará en el trono de su gloria» (Mt 25, 31)? ¿Qué nos dice Jesús?

Podemos imaginar a este Jesús que está sobre nuestras cabezas decir a cada uno de nosotros y a la Iglesia italiana algunas palabras. Podría decir: «Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme» (Mt 25, 34-36). Y viene a mi memoria el sacerdote que acogió a este joven cura que dio su testimonio.

Pero podría también decir: «Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis» (Mt 25, 41-43).

Las bienaventuranzas y las palabras que acabamos de leer sobre el juicio universal nos ayudan a vivir la vida cristiana a nivel de santidad. Son pocas palabras, sencillas, pero prácticas. Dos pilares: las bienaventuranzas y las palabras del juicio final. Que el Señor nos dé la gracia de comprender su mensaje. Y contemplemos una vez más los rasgos del rostro de Jesús y sus gestos. Vemos a Jesús que come y bebe con los pecadores (Mc 2, 16; Mt 11, 19); contemplémoslo mientras conversa con la samaritana (Jn 4, 7-26); espíémoslo mientras se encuentra de noche con Nicodemo (Jn 3, 1-21); gustemos con afecto la escena en la que se deja ungir los pies por una prostituta (cf. Lc 7, 36-50); percibamos su saliva sobre la punta de nuestra lengua, que, de ese modo, se suelta (Mc 7, 33). Admiramos la «simpatía de todo el pueblo» que rodea a sus discípulos, es decir nosotros, y experimentemos su «alegría y sencillez de corazón» (Hch 2, 46-47).

A los obispos les pido que sean pastores. Nada más: pastores. Que esta sea vuestra alegría: «Soy pastor». Será la gente, vuestro rebaño, quien os sostendrá. Hace poco he leído sobre un obispo que decía que estaba en el metro en la hora de punta y había tanta gente que ya no sabía donde poner la mano para sostenerse. Inclinado a la derecha y a la izquierda, se apoyaba en las personas para no caer. Así, pensaba que, además de la oración, lo que hace permanecer en pie a un obispo es su gente.

Que nada ni nadie os quite la alegría de ser sostenidos por vuestro pueblo. Como pastores no seáis predicadores de doctrinas complejas, sino anunciadores de Cristo, muerto y resucitado por nosotros. Apuntad a lo esencial, al *kerygma*. No hay nada más sólido, profundo y seguro que este anuncio. Pero que sea todo el pueblo de Dios quien anuncie el Evangelio: pueblo y pastores, eso quiero decir. He expresado esta preocupación pastoral mía en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (cf. nn. 111-134).

A toda la Iglesia italiana le recomiendo lo que indiqué en esa exhortación: la inclusión social de los pobres, que tienen un sitio privilegiado en el pueblo de Dios, y la capacidad de encuentro y de diálogo para promover la amistad social en vuestro país, buscando el bien común.

La opción por los pobres es «forma especial de primado en el ejercicio de la caridad cristiana, testimoniada por toda la Tradición de la Iglesia» (Juan Pablo ii, enc. *Sollicitudo rei socialis*, 42). Esta opción «está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza » (Benedicto xvi, *Discurso a la sesión inaugural de la v Conferencia general del episcopado latinoamericano y del Caribe*, 13 de mayo de 2007). Los pobres conocen bien los sentimientos de Cristo Jesús, porque por experiencia conocen al Cristo sufriente. «Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos» (*Evangelii gaudium*, 198).

Que Dios proteja a la Iglesia italiana de cualquier subrogado de poder, de imagen, de dinero. La pobreza evangélica es creativa, acoge, sostiene y está llena de esperanza.

Estamos aquí en Florencia, ciudad de la belleza. ¡Cuánta belleza en esta ciudad se ha puesto al servicio de la caridad! Pienso en el *Spedale degli Innocenti*, por ejemplo. Una de las primeras arquitecturas renacentistas fue creada para el servicio de los niños abandonados y madres desesperadas. A menudo estas madres dejaban, junto a los recién nacidos, medallas partidas por la mitad, con las cuales esperaban, presentando la otra mitad, poder reconocer a sus hijos en tiempos mejores. Entonces, debemos imaginar que nuestros pobres tienen una medalla partida por la mitad, y nosotros tenemos la otra mitad. Porque la Iglesia madre tiene en Italia la mitad de la medalla de todos y reconoce a todos sus hijos abandonados, oprimidos, cansados. Y esta, desde siempre, es una de vuestras virtudes, porque bien sabéis que el Señor derramó su sangre no por algunos, ni por pocos ni por muchos, sino por todos.

Os recomiendo también, de forma especial, la capacidad de diálogo y de encuentro. Dialogar no es negociar. Negociar es tratar de llevarse la propia «tajada» de la tarta común. No es eso lo que quiero decir. Sino que es buscar el bien común para todos. Discutir juntos, me atrevería a decir enfadarse juntos, pensar en soluciones mejores para todos. Muchas veces el encuentro se complica con el conflicto. En el diálogo tiene lugar el conflicto: es lógico y previsible que sea así. Y no debemos temerle ni ignorarlo, sino aceptarlo. «Aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso» (*Evangelii gaudium*, 227).

Pero debemos recordar siempre que no existe humanismo auténtico que no contemple el amor como vínculo entre los seres humanos, sea el mismo de naturaleza interpersonal, íntima, social, política o intelectual. Sobre esto se funda la necesidad del diálogo y del encuentro para construir junto con los demás la sociedad civil. Nosotros sabemos que la mejor respuesta a la situación de conflicto del ser humano del célebre *homo homini lupus* de Thomas Hobbes es el «*Ecce homo*» de Jesús que no recrimina, sino que acoge y, pagando personalmente, salva. La sociedad italiana se construye cuando sus diversas riquezas culturales pueden dialogar de modo constructivo: la popular, la académica, la juvenil, la artística, la tecnológica, la económica, la política, la de los medios de comunicación... Que la Iglesia sea levadura de diálogo, de encuentro, de unidad. Además, nuestras formulaciones de fe son fruto de un diálogo y de un encuentro de culturas, comunidades e instancias diferentes. No debemos tener miedo del diálogo: es precisamente la confrontación y la crítica las que nos ayuda a preservar a la teología de transformarse en ideología.

Acordaos, además, de que el mejor modo para dialogar no es el de hablar y discutir, sino hacer algo juntos, construir juntos, hacer proyectos: no sólo entre católicos, sino juntamente con todos los que tienen buena voluntad.

Y sin miedo de realizar el éxodo necesario en todo diálogo auténtico. De otro modo no es posible comprender las razones del otro, ni comprender totalmente que el hermano es más importante que las posiciones que juzgamos lejanas de las nuestras, incluso auténticas certezas. Es hermano.

Que Iglesia sepa también dar una respuesta clara a las amenazas que surgen en el seno del debate público: esta es una de las formas de la aportación específica de los creyentes en la construcción de la sociedad común. Los creyentes son ciudadanos. Y lo digo aquí en Florencia, donde arte, fe y ciudadanía se constituyeron siempre en un equilibrio dinámico entre denuncia y propuesta. La nación no es un museo, sino una obra colectiva en permanente construcción en la que se deben poner en común precisamente las cosas que diferencian, incluidas las pertenencias políticas y religiosas.

Hago un llamamiento sobre todo «a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes», decía el apóstol Juan (1 Jn 2, 14). Jóvenes, superad la apatía. Que nadie menosprecie vuestra juventud, en cambio

aprended a ser modelos al hablar y al obrar (cf. *1 Tm* 4, 12). Os pido ser constructores de la Italia, que trabajéis por una Italia mejor. Por favor, no miréis la vida desde el balcón, sino comprometeros, sumergíos en el amplio diálogo social y político. Que las manos de vuestra fe se eleven hacia el cielo, pero que lo hagan mientras edifican una ciudad construida a partir de relaciones donde el amor de Dios sea el fundamento. Y así seréis libres de aceptar los desafíos de hoy, de vivir los cambios y las transformaciones.

Se puede decir que hoy no vivimos una época de cambio sino un cambio de época. Las situaciones que vivimos hoy plantean desafíos nuevos que para nosotros, a veces, son incluso difíciles de comprender. Nuestro tiempo nos pide vivir los problemas como desafíos y no como obstáculos: el Señor está activo y obra en el mundo. Vosotros, por lo tanto, salid por las calles e id a las encrucijadas: llamad a todos los que encontraréis, ninguno excluido (cf. *Mt* 22, 9). Sobre todo acompañad a quien se ha quedado al borde del camino, «tullidos, lisiados, ciegos, sordomudos» (*Mt* 15, 30). Dónde sea que os encontréis, no construyáis nunca muros ni fronteras, sino plazas y hospitales de campaña.

* * *

Me gusta una Iglesia italiana inquieta, cada vez más cercana a los abandonados, los olvidados, los imperfectos. Deseo una Iglesia alegre con rostro de madre, que comprenda, acompañe, acaricie. Soñad también vosotros con esta Iglesia, creed en ella, innovad con libertad. El humanismo cristiano que estáis llamados a vivir afirma radicalmente la dignidad de cada persona como hijo de Dios, establece entre cada ser humano una fraternidad fundamental, enseña a comprender el trabajo, a habitar la creación como una casa común, ofrece razones para la alegría y el humorismo, incluso en medio de una vida muchas veces muy dura.

Si bien no me toca a mí decir cómo realizar hoy este sueño, permitidme sólo dejaros una indicación para los próximos años: en cada comunidad, en cada parroquia e institución, en cada diócesis y circunscripción, en cada región, tratad de iniciar, de forma sinodal, una profundización de la *Evangelii gaudium*, para sacar de ella criterios prácticos y poner en práctica sus disposiciones, especialmente sobre las tres o cuatro prioridades que indicaréis en esta asamblea. Estoy seguro de vuestra capacidad de ponerlos en movimiento creativo para concretizar este estudio. Estoy seguro de ello porque sois una Iglesia adulta, antiquísima en la fe, sólida en las raíces y abundante en frutos. Por ello sed creativos al expresar ese ingenio que vuestros grandes, desde Dante a Miguel Ángel, expresaron de forma inigualable. Creed en el genio del cristianismo italiano, que no es patrimonio ni de algunos ni de una élite, sino de la comunidad, del pueblo de este extraordinario país.

Os encomiendo a María, que aquí en Florencia se venera como «Santissima Annunziata». En la pintura que se encuentra en la homónima basílica —que visitaré dentro de un rato—, el ángel calla y María habla diciendo «*Ecce ancilla Domini*». En esas palabras nos encontramos todos

nosotros. Que toda la Iglesia italiana las pronuncie con María. ¡Gracias!

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana